

LA ILUSTRACION DE LA MUJER



Año I

BARCELONA, 1.º DE JULIO DE 1883.

Núm. 3

GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES



MARTINA CASTELLS, dibujo original de Paciano Ross. (De fotografía del Sr. Matarrodona).

SUMARIO.

TEXTO.—LEYES Y COSTUMBRES Ó EL HECHO Y EL DERECHO.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: MARTINA CASTELLS, dibujo original de *Paciano Ross*, (de fotografía del Sr. *Matarrodona*).—ISABEL DE INGLATERRA DECRETANDO LA MUERTE DE MARÍA ESTUARDO, copia del cuadro de *Liesen-Mayer*.—LA VERDADERA VOCACIÓN, cuadro de *B. Dautier*.—LA CONFIDENCIA, dibujo de *R. Genichlag*.

GRABADOS.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: MARTINA CASTELLS, dibujo original de *Paciano Ross*, (de fotografía del Sr. *Matarrodona*).—ISABEL DE INGLATERRA DECRETANDO LA MUERTE DE MARÍA ESTUARDO, copia del cuadro de *Liesen-Mayer*.—LA VERDADERA VOCACIÓN, cuadro de *B. Dautier*.—LA CONFIDENCIA, dibujo de *R. Genichlag*.

SUPLEMENTO.—Revista de modas y salones.

ALBUM MUSICAL.—PAUVRE MIGNONE! melodía para canto y piano, por el maestro *D. Felipe Pedrell*.

LEYES Y COSTUMBRES

Ó EL

HECHO Y EL DERECHO.



ocos pensamientos de hombres célebres tienen el vuelo y alcance que el siguiente de La Bruyere: «Los hombres hacen las leyes y las mujeres las costumbres.» Al decir esto,

implícitamente se consigna la superioridad de la tarea reservada al bello sexo, porque si bien observamos la historia de la humanidad, ¿quién rige ni á quién se obedece más universalmente que á las costumbres? ¿Qué son éstas sinó códigos no escritos? Más aún, las leyes hechas por los hombres ¿no están antes determinadas por las costumbres? Cuando un pueblo no se halla preparado para una ley, la recibe á silbidos, ó lo que es peor á balazos, y cae la ley en descrédito ó en desuso. Finalmente, las leyes versan sobre los hechos punibles en la esfera moral, y nada tienen que ver con los indiferentes en la esfera social. Las costumbres, por el contrario, no sólo dan reglas sobre estos hechos sociales, sinó que prescriben hasta la mejor forma de hacer el bien.

Admitidas estas verdades, ¿quién puede dudar que el influjo de la mujer en la humanidad es infinitamente superior al que ejerce el hombre? Mirada esta cuestión bajo cierto punto de vista, no parece sinó que un hábil diplomático, quiso arreglar el conflicto de jurisdicción entre hombres y mujeres desde los tiempos más remotos.

Imaginase uno la constante querrela sobre quién ha de ser el amo, si el sexo fuerte ó el sexo débil, y que un tercero en discordia, de gran experiencia y sagacidad viene á ponerlos en paz, diciendo: dejad á los hombres el gobierno, es decir, las formas, las insignias, las apariencias del mando. Que ellos sean los reyes; pero vosotras hareis á los súbditos. Que ellos manden los ejércitos; pero vosotras hareis los valientes ó los cobardes. Que ellos luzcan la toga y dicten las leyes; pero vosotras hareis las costumbres, que tienen fuerza de ley, y que á la larga derogan los códigos.

Este escamoteo del poder del hombre, dejándole reducido á una pura farsa, ha sido reconocido por todos los sabios publicistas y es como el A. B. C. de la ciencia experimental de la vida. En libros, en el teatro, en las cátedras y en los proverbios populares se da á entender que la mujer dirige el drama ó comedia de la vida desde bastidores. La frase de *¿quién es ella?* es aplicable tanto á las tragedias privadas, como á la caída de los imperios. En todo vemos la obra de la mujer, directa u oblicuamente, porque además de sus resortes como sér racional é inteligente, posee el gran resorte de la hermosura, poderío ante el cual todos rinden vasallaje.

Existe, pues, una profunda hipocresía en la sociedad al reconocer de hecho este influjo de la mujer, y oponerse á la igualdad de su educación y derechos. Hombres, al parecer, muy sensatos se asustan de las consecuencias que podría traer en el bello sexo la extensión de su desarrollo intelectual y la concesión de derechos políticos, viendo el artificio y la maña sutil con que las mujeres se han mezclado y dominado en todos los hechos y situaciones. Si esto hacen por su solo instinto, ¿qué no harán ayudadas por la inteligencia?

Pero en esto no razonan al justo sus oponentes. La mujer ha tenido que ganarse por la astucia y el artificio, lo que debiera concedérsele franca y abiertamente. Nadie camina por rodeos, cuando puede ir por la carretera. Nadie trabaja á la sordina y á escondidas, cuando puede conseguir una cosa por los medios naturales y á la luz del día. Al echar los hombres en cara á las mujeres su habitual fingimiento, podían estas responderles: que ¿qué otra cosa les enseñan desde que vienen al mundo? Acabad con esa organización imperfecta que exige la ficción, y el disimulo como base de conducta, y el vicio desaparecerá inmediatamente.

Lo peor de todo es, que los hombres, al modo de aquel ateniense que se dejaba despedazar las entrañas por un ave de rapiña, á trueque de no descubrir el hurto, ha pagado bien cara su obstinación. Por mantener la esclavitud aparente del bello sexo, ha sufrido su dominación real y efectiva en las costumbres, hijas legítimas de la educación doméstica. Bien seguro es, que si esta verdad hubiese estado presente en el ánimo de los legisladores, habrían sido más generosos en concesiones á sus colegas las legisladoras de costumbres.

De no hacerlo así han provenido grandes males, porque los medios dados á la mujer para educar á los hijos en la infancia no estaban en armonía con las consecuencias graves que más tarde produce esa educación. Cuando se habla de los ejemplos del hogar doméstico y la enseñanza de las madres, hay que buscarse un tipo en imaginación que responda al bello ideal que de ella nos formamos, porque en la práctica se ven cosas muy distintas. Cantan en sus idilios los poetas las dulzuras del beso y caricias maternales, y la ansiedad con que vela al lado de la cuna el sueño de la inocencia. Están en su derecho: este es su terreno. Todo esto es bellísimo; pero no hablan de las supersticiones y errores envueltos entre las caricias y consejos; del efecto que produce en los niños la humillación de la mujer, confesando á cada paso su ignorancia ó ineptitud: las escenas á que dan lugar el egoísmo, los intereses, las necesidades; las simpatías caprichosas y antipatías injustificadas; las luchas de caracteres, genios y temperamentos opuestos; el poco freno que se pone á las obras y palabras en presencia de los hijos, y la atmósfera de artificio y falsía que reina entre matrimonios mal avenidos ó cuyo amor se ha resfriado, y que en relación con el bello ideal se hallan de uno á cien mil, tirando por lo corto.

Los ciudadanos, que son esos mismos hijos de familia ya mayores de edad, no pueden desprenderse de esa levadura doméstica, mezclada después en sus costumbres, tratos y contratos, y nadie negará que si el principio es imperfecto, esta imperfección subsiste en la generalidad de los casos. Mucho influye el trato del mundo, la educación social y sobre todo el comercio con naciones extrañas; pero queda siempre un vicio que puede llamarse original, y es la falta casi absoluta de conciencia del deber, y la noción de que este deber descansa sobre el temor al castigo ó el amor al premio. Dígase lo que se quiera, la educación en el hogar doméstico ha revestido siempre este carácter y este defecto.

El día en que esta situación cambie radicalmente, se halla todavía muy lejano, pero como leve prueba para mostrar cuáles serán sus frutos, basta aducir algunos ejemplos de lo que ha producido el instinto ó el sentimiento del buen gusto en las costumbres, desde que la mujer ha empezado á salir de la tutela, esclavitud é ignorancia. Los hombres, abandonados á sí mismos, eran en sus modales, groseros; en sus pasatiempos, brutales; en las guerras, crueles; en sus costumbres, viciosos. Lo poco de vida pública que se ha concedido á la mujer, ha pulido sus maneras, suavizado sus recreos, humanizado sus luchas y prestado gentileza á sus costumbres. Una mujer dió ejemplo y tomó la iniciativa en echar un velo de caridad y beneficencia en los sangrientos campos de batalla. Las mujeres con su amor á los animales domésticos, iniciaron la idea de una sociedad protectora de animales. Las mujeres asistiendo á los banquetes públicos, han acabado en Inglaterra con aquellas escenas de embriaguez á que se entregaban los hombres con mengua de su dignidad. Si el pugilato está hoy prohibido y se mira con horror, es porque la mujer le condena con su delicado instinto. Si las ejecuciones de la última pena se hacen dentro de las cárceles, es indudablemente debido á esta refinada sensibilidad, producto de la preponderancia del bello sexo en las sociedades modernas; y el día que en España llegue el turno, la mujer acabará con las corridas de toros y circos gallísticos, como dará fin á otras costumbres y hábitos brutales y groseros, contra los cuales los hombres se confiesan impotentes.

El hecho, pues, subsiste: ¿por qué no consagrarlo en el derecho?

GALERÍA DE MUJERES NOTABLES.

MARTINA CASTELLS

DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUJÍA

Al incluir en la galería de mujeres notables que damos á luz á la primera de nuestras damas contemporáneas que con tanto merecimiento ha obtenido la más alta dignidad académica, creeríamos usurpar un derecho que legítimamente corresponde á su ilustre padrino y maestro, exponiendo por cuenta propia lo que su autorizada pluma ha consignado con referencia á nuestra distinguida compatriota.

Tiene, pues, la palabra el Dr. Letamendi.

Los que afirman que una mujer, en el mero hecho de asistir á un curso de anatomía debe de haber perdido todo pudor, dan evidente muestra de no tener ideas bastante claras, ni acerca del pudor, ni acerca de la mujer.

Pudor, vergüenza, dignidad, honra y decoro constituyen los vivos y variados destellos de aquel fuego sagrado, íntimo que, en elevada locución se llama *sentimiento de conservación moral*, y que por ser la salvaguardia de nuestra personalidad ni es peculiar á ningún sexo, ni es tan fácil de extinguir, cuando se posee, como de ordinario se cree.

Lo que enseña la práctica es que las personas son, respecto del pudor, lo que respecto del color los muebles; que unos lo tienen *pintado* y otros *natural*; y así como aquel desaparece al primer roce ó maltrato, delatando el artificio, mientras que el del mueble de caoba ó ébano resiste á todo, y aunque se haga la pieza astillas, á cada astilla le sale al rostro su nativo color, también con frecuencia vemos á jóvenes muy cuidadosamente pintadas de honestidad en el fondo de místico colegio, descubrir el natural cinismo de su *madera*, al menor roce del trato social, mientras que otras, no pocas, de condición intrínsecamente pudorosa y digna, resistiendo la peor de las influencias del mundo, la de una madre procaz y escandalosa, no ven el momento de acogerse en el sagrado del matrimonio para ser perpétuo dechado de dignas y honradas matronas.

Para conocer estas verdades prácticas, basta tener entendimiento y mundo.

Y por lo que dice al caso concreto de la pretendida incompatibilidad de los estudios anatómicos, y de los médicos en general con el pudor, recomiendo á los más poseídos de aprensión que procuren conocer y tratar á Martina Castells, seguro de que les sucederá lo que á tantas familias de Madrid como la han conocido y tratado en mi casa, y que han quedado encantadas al ver la más natural humildad en quien pensaron hallar petulante engrandecimiento, y el más infantil pudor donde creyeron descubrir aquel desenfado que, después de todo, tendría razonable excusa en quien, como Martina, tiene adquirido formal conocimiento de la materia, la forma, las causas y los efectos de todo lo malo y de todos los males que lo malo puede engendrar en nuestra mezquina naturaleza.

Sí; Martina Castells debe ser conocida y tratada como argumento vivo en defensa de ciertas soluciones liberales, á que no pocos que así se llaman, tienen aún doctrinario miedo.

La persona de mi ahijada universitaria es el verdadero tipo del estudiante que, desasido de las sugerencias de su sexo y amante de los libros, se granjea por oculta virtualidad, el aprecio y el respeto de discípulos, maestros y amigos; y esa consideración y simpatía suben de punto cuando son conocidos sus antecedentes y su vida.

Biznieta, nieta é hija de médico, hermana de dos doctores en Medicina, de un jovencito cursante de la propia Facultad y de una niña que animosa va ya trepando por la quebrada cuesta del bachillerato, posee Martina Castells Ballespí, por la condición esencialmente hipocrática de su familia, una verdadera predestinación á la categoría que acaba de obtener con tanto brillo y aplauso.

Nacida en Lérida, dió Martina su primera muestra de afición al estudio, aprendiendo por sí, y como de soslayo y á hurtadillas, á despecho de una pertinaz oftalmía y de la consiguiente prohibición de todo estudio, la lectura y la escritura que un maestro particular enseñaba á dos hermanitas mayores que ella. A la edad de ocho años, llevada por unos tíos suyos, con la mira de fortalecerla, á una posesión cercana á Zumaya de Guipúzcoa, y contrariada por el hecho de que las niñas de la vecindad ni entendían el castellano ni hablaban más que el vasconcelo, logró, al mes escaso, entender á la perfección este difícil idioma, y hablarlo con corrección bastante á las necesidades, si no muy complejas, no

nada elementales del trato en la segunda infancia.

Puesta, á la vuelta, en el mejor colegio leridano de señoritas, pronto vino Martina á ser entre sus condiscípulas la *abeja-reina*, es decir, individualidad que, sin forma de sufragio ni de lucha y sólo por indiscutible fuero de naturaleza, —cual acontece en los misteriosos palacios de cera y miel,— se erige en cabeza visible y soberana dentro de cada escuela. Fué, pues, nuestra actual doctora entre sus condiscípulas modelo en la vida interior y representante en los actos públicos de su colegio.

De allí pasó la joven pensionista al entonces nuevo colegio de monjas de la Enseñanza de la misma Lérida, donde la fatal nueva de la muerte de un su hermano, ahogado en las aguas del Segre, vino con tal violencia á sacudir la exquisita organización de la pobre niña (tanto más susceptible cuanto empeñada en rápido crecimiento), que contrajo la enfermedad llamada por los médicos Corea y por las gentes *Baile de San Vito*: en virtud de lo cual apartáronla sus padres de todo estudio. ▽

Mas como ya en aquella sazón tenía adquiridos Martina bastantes conocimientos para constituir primera materia de un ilustrado pensar, dióse, apenas mejorada, á las delectaciones de la poesía, y con tan sentido y discreto numen, que no pudo su natural modestia evitar la publicación de algunas de éstas, merced á la benigna traición de sus admiradores.

En esto llegó la revolución de Setiembre, aquel fecundo y atropellado borrador á quien hoy todos los partidos políticos vivos quisieran, á porfía, poner en limpio, y como llegase á oídos de nuestra alenta Leridana que era permitido á la mujer tomar estado científico siguiendo las llamadas carreras mayores, y que ya algunas jóvenes se disponían á ello, instó á su señor padre para que le permitiese ingresar en los estudios del bachillerato. Corramos un velo sobre el cuadro de las mil resistencias inesperadas, aunque siempre esperables, que fué necesario vencer: limitáreme á consignar que el ilustrado director del Instituto provincial de Lérida, señor Ferrer y Garcés, y el rector de aquel distrito universitario, el distinguido helenista señor Bergnes de las Casas, allanaron con resueltas manos todos los obstáculos.

Obtenido un brillante bachillerato fué cuando Martina Castells, en compañía de una condiscípula suya y de los respectivos encargados, se presentó en el átrio del Colegio de Medicina de Barcelona, reclamando un lugar en las gradas de mi cátedra de Anatomía, á tiempo que la libertad concedida por la Revolución de Setiembre á todo español, y por tanto á la mujer, de estudiar privadamente sujetándose á fin de curso al examen oficial, acababa de ser restringida mediante el precepto de la asistencia obligatoria á las aulas, dictado por la restauración. Esto ocurría en Octubre de 1877.

Tocome, pues, á mí el árduo paso de resolver el conflicto; es decir, de instalar á la mujer española en la cátedra más vidriosa de la más vidriosa de las facultades, y de realizarlo solo, sin más fuerza ni recursos valederos que la cariñosa adhesión de mis discípulos, sin la cual no sé imaginarme catedrático. Hé aquí resumido en postulados lo que creí necesario inculcar á aquellos trescientos jóvenes poseídos de pascmo ante una situación radicalmente nueva: 1.º que era llegada la hora de que la clase escolar hiciese buenos en la práctica sus tradicionales alardes de liberalismo; 2.º que los hijos de Minerva no tienen sexo, y 3.º que los estudiantes de aquella Barcelona, de tiempo inmemorial ya cuna, ya puerto de todo positivo progreso en nuestra querida España, no debían desaprovechar la ocasión de ser conmigo los introductores de la más culta de las costumbres modernas, la de la recepción de la mujer en el anfiteatro anatómico.

No hallo términos, porque no los hay, para ponderar la conducta con que los estudiantes de aquella Facultad respondieron á mis insinuaciones; sólo puedo afirmar que fué igual á la de los alumnos de San Carlos cuando vieron entrar en mi compañía á Martina, adornada con la toga y la muceta del licenciado, en demanda de la investidura de doctor. De lo uno y de lo otro será perpétuo mi agradecido recuerdo, no por la laureada, no por mí, no tampoco por ambas escuelas, sino por el triunfo de la idea, por la libertad, por la cultura de nuestra común patria. ¡Qué contraste entre la conducta de esos jóvenes escolares, liberales espontáneos é ingenuos, y la de no pocos sedicentes redentores del país, cuyo liberalismo se convele ante la sola imaginación de que una mujer aspire á salirse de aquella histórica *trigonia* de la cuna, la cocina y la calceta!

Volviendo á nuestra heroína (que por cierto no ganó su Zamora en una hora), diré, en conclusión,

que habiéndola yo dejado en mi ciudad natal, sobresaliendo ya en disección, á tal punto, que varias de sus preparaciones fueron conservadas en el Museo por orden de mi querido compañero el catedrático doctor Coll y Domenech, director á la sazón de la sala práctica, como dechados de labor anatómica, he tenido la satisfacción de verla, á vuelta de cinco años, entrar por mi casa en Madrid, trayendo como equipaje científico 14 sobresalientes, 16 notables, 8 premios, el título de licenciado y, de añadidura, sus papeles y buen entendimiento en toda regla para optar á la dignidad de doctor.—En verdad nada de esto me sorprendió; mas para que se vea, como suele decirse, lo que son las cosas, cuando al preguntarle «¿y de clientela, cómo andamos?» y contestarme ella con indescriptible naturalidad:—«Se la he dejado encargada á mi hermano Federico,»—confieso que experimenté una extrañeza singular:—prueba evidente de que aun el más amigo de adelantar tiene, como hijo que es del pasado, su *tanico* de inerte y rutinario que le cripa los nervios al ver que va de veras la conversión de sus propias aspiraciones en realidades.

Lo demás, el paso de la investidura doctoral, lo conoce ya todo el mundo, merced á la generosa ovación con que honró á mi apadrinada la prensa de esta clásica villa, donde todo valor suele hallar cumplido recibimiento.

Las declaraciones que en aquella solemnidad tuve el honor de hacer, ni hay aquí espacio, ni es esta la oportunidad de repetir las. Mis principios acerca de la mujer considerada como personalidad natural, estampados andan tiempo há por esos mundos literarios (1), y por lo que á la cuestión de derecho positivo se refiere, declaro: que yo no admito para las humanas jerarquías limitación de edad, sexo, ni raza, y si sólo la naturalísima de la prueba de capacidad que para cada caso el sentido racional reclama; que no consiento que en el derecho escrito, la ley sea potro donde se torture la naturaleza, sino la garantía de desarrollo de cuanto esencialmente bueno, y por tanto útil, da de sí la realidad; que rechazo toda techumbre legal que limite *á priori* la talla moral de los individuos, y que, pues Naturaleza tiene por bóveda y horizonte lo infinito, sea lo infinito el horizonte y la bóveda del derecho positivo.

Así, puede Martina Castells llamarse en el mundo legal doctor en Medicina, por sólo el hecho de haber probado que en el orden natural tiene aptitud para serlo.

En suma: si con verdad sentaban los antiguos escolásticos que «del hecho á la potencia vale la consecuencia,» con igual fundamento puede el moderno liberalismo proclamar que «de la potencia al hecho, lo que es bueno es de derecho.»

JOSÉ DE LETAMENDI.

ISABEL, REINA DE INGLATERRA.

Hija de Enrique VIII y de la hermosa cuanto desgraciada Ana Bolena: elevada al trono en la época en que Inglaterra, abrazando la reforma religiosa, ó sea la emancipación de la conciencia, empezaba su larga carrera de prosperidad y engrandecimiento. Isabel se mostró digna de dirigir á este gran pueblo, y como si la Providencia quisiese dar sólidos cimientos á la nueva era que empezaba al calor de la libertad individual, concedió á esta soberana cuarenta y cinco años de reinado.

No ménos cuenta la actual reina Victoria, sentada en el trono de la Gran Bretaña, casi en el mismo año que hace tres siglos ciñó la corona su predecesora Isabel; y no deja de ser curioso y significativo, que tan gran beneficio como un largo reinado, haya recaído sobre dos mujeres en una raza tan varonil, activa y emprendedora como la de los sajones; y que en los anales de sus hechos pasen indiferentes las épocas de gobierno de los varones, resaltando los siglos XVI y XIX testigos de la discreción y buen entendimiento de las dos citadas soberanas.

Tuvo Isabel una educación esmeradísima, hasta el punto de serle familiares los idiomas latino, griego, francés é italiano. Escribía con hermosa letra y se conservan composiciones suyas, ya de himnos y meditaciones religiosas originales, ya de traducciones de los referidos idiomas.

Aunque solicitada por multitud de reyes y príncipes, entre aquellos por nuestro Felipe II, cuyo enlace habría hecho torcer en gran manera el curso de la historia de los tres pasados siglos, prefirió permanecer soltera y dueña absoluta de sí misma, cual podía serlo en aquellos tiempos de escasa fiscaliza-

ción del pueblo en los actos de sus gobernantes. Pintanla los historiadores como una mujer de carácter fuerte y tal cual resabio, de esós que engendra la magnificencia de los palacios y la veneración de los súbditos; pero lo que todos afirman á una voz, es que poseía el gran talento de saber escoger para ministros y consejeros á los hombres más hábiles y dignos de la corte. En esto llevó una gran ventaja al saturnino hijo de Carlos V que nos gobernaba desde el tras-coro del Escorial; resultando de aquí, que mientras Inglaterra se abría paso en este y en el Nuevo Mundo, España comenzó á cerrárselo por la inepticia de los favoritos de Felipe.

Por la descripción de su persona, se ve que Isabel era una reina hasta la médula de sus huesos. No tan hermosa como la describe Raleigh, cuando en su prisión escribía que era el más desgraciado del mundo desde que no veía á Isabel; «yo, añade, que nací para verla cabalgar como Alejandro, cazar como Diana, andar como Venus, cantar como un ángel y tocar como Orfeo, mientras el gentil cefirillo agita su ebúrnea cabellera sobre sus mejillas virginales....»

Cierto que montaba á caballo cual la más ágil amazona, y que supo ponerse más de una vez al frente de sus ejércitos para alentar á los soldados con la palabra y el ejemplo: cierto que gustaba de los ejercicios de la caza, muy propios de los reyes en todos tiempos, y sabemos por sus biógrafos que se acompañaba al canto en lo que entonces era embrión del piano de nuestros días; pero de esto á las alabanzas del aventurero ó caballero Raleigh, parece que hay de por medio la Gascuña, ó toda una Andalucía.

La verdad queda reducida á que tenía una fisonomía entrelarga y aristocrática, color blanco, cutis transparente, cabello casi rojo, nariz algo aquilina, ojos pequeños pero negros como el azabache, manos delgadas y dedos largos, muy en consonancia con su raza y posición social.

Nuestro grabado la representa en el acto de firmar la sentencia de muerte de la princesa María Estuardo, sentencia que firmó por razón de Estado, y con repugnancia, según confesión propia.

Algo más que repugnancia intervino en este acto trascendental, que el artista nos pone de manifiesto con una verdad pasmosa. Parece que el peso del juicio de la posteridad, gravita sobre esa cabeza altiva, que nunca supo inclinar la frente. Se trataba de una mujer de su categoría, de carácter apasionado, pero con dos grandes defectos á los ojos de Isabel: uno el ser hermosa, otro el ser católica. Si la reina rival no hubiera sido tan favorecida por la naturaleza, el pecado de su catolicismo no la habría llevado al caldoso. El artista ha retratado con felicidad suma la lucha terrible del amor propio en el corazón de Isabel. Parece que va á cometer un crimen sin circunstancia alguna atenuante, y la pluma, puesta intencionadamente en posición inversa, debió tardar mucho y aun caer más de una vez sobre la mesa, antes de asegurarse bien en los crispados dedos y poder escribir de un modo inteligible el nombre de «Isabel.»

Este acto, que hoy escandalizaría á los pueblos, fué no obstante aplaudido por su nación. El historiador Mr. Froude, no halla indicio alguno de animosidad en su conducta. Citase, por el contrario, una carta escrita de puño y mano de la reina María, cuando esta se hallaba en prisión, en la que echa en cara á Isabel defectos y debilidades, que no perdonaría una mujer, en posición social ménos elevada.

Sabido es que uno de los rasgos principales de carácter de esta célebre soberana fué su determinación de vivir soltera, y de que se pusiese en su tumba por epitafio, que allí yacía una reina vírgen, no obstante los muchos años que había gobernado como señora absoluta, en medio de los esplendores de la grandeza.

No obstante, el embajador escocés Melville, da cuenta de algunos detalles curiosos de su entrevista con Isabel, á quien encontró en uno de sus momentos de buen humor, y representando más bien el papel de mujer que el de soberana. Preguntóle si la reina de Escocia era más alta de cuerpo que ella. Se habló luego de la habilidad de María en el baile y en la música, y como por accidente, Isabel comenzó á tocar en la especie de clave que entonces llamaban «virginales», y tuvo que darle la preferencia en la música, y sucesivamente en el baile. Finalmente, para mostrar todos sus conocimientos, le habló en varios idiomas con mucha naturalidad, ménos el alemán, que no lo pronunció tan bien, según el embajador.

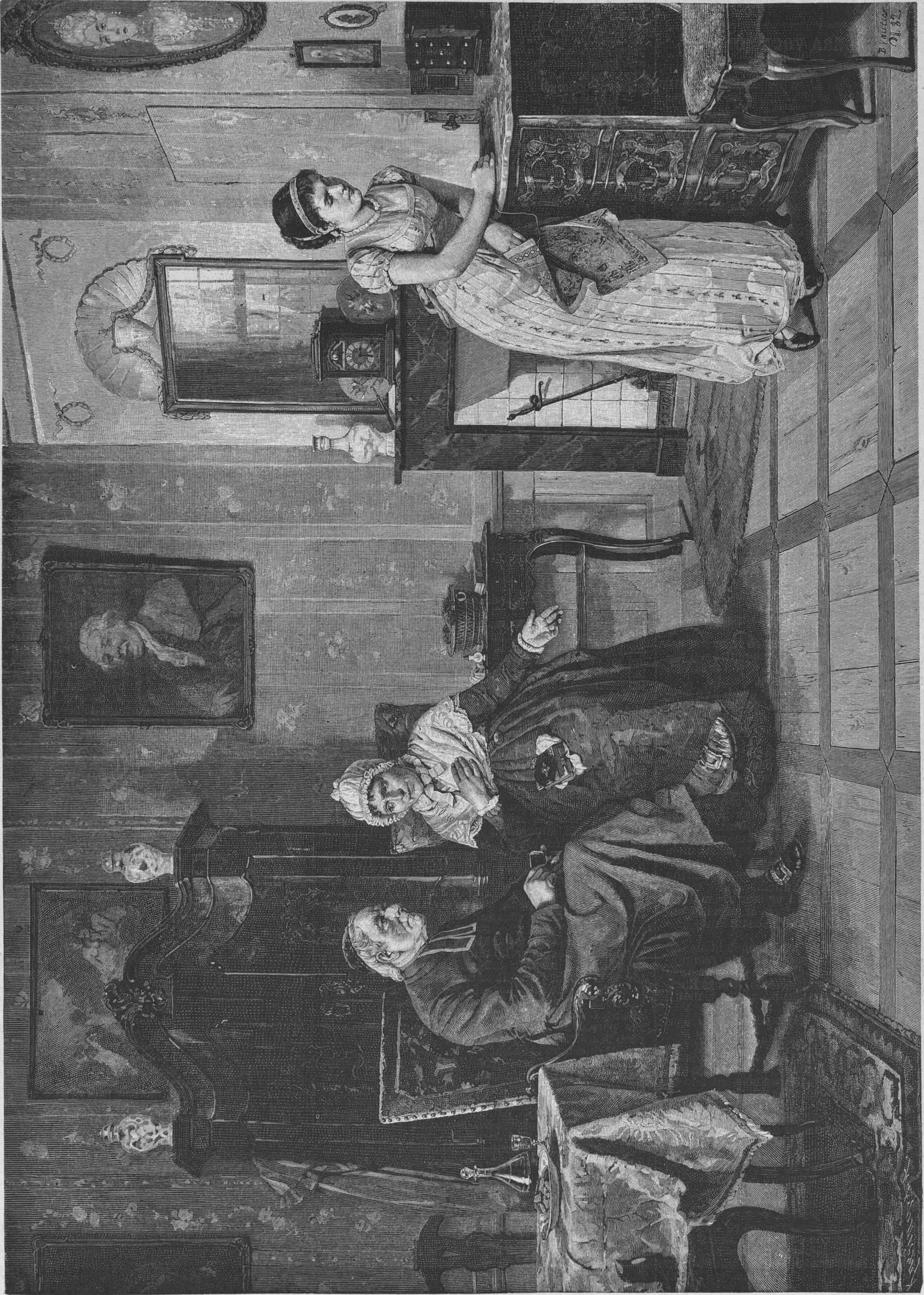
Todo esto demuestra que los atractivos y habilidades de la reina de Escocia, le llegaban al alma, y que en un momento dado, la mujer predominó sobre la reina, y la flaqueza sobre la justicia.

Pero ¿quién pide la perfección en la naturaleza humana y ménos en cargos tan difíciles? Basta, para honra suya, que su nombre está asociado á una época

(1) Véase mi artículo «La mujer.» *Ilustración artística* de Montaner y Simón, núm. 16.



ISABEL DE INGLATERRA, decretando la muerte de María Estuardo, copia del cuadro de Liezen-Mayer.



LA VERDADERA VOCACION, cuadro de B. Dautier.

gloriosa en la historia de la Gran Bretaña, y que en su tiempo florecieron Cecil y Watsingham, Drake y Raleigh, Bacon, Ben-Jonson y Shakspeare.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

LA VERDADERA VOCACIÓN.

El escenario es un salón de confianza de una familia bien acomodada. El padre ha muerto hace tiempo; pero deja á su viuda buenas fincas y una renta muy razonable para atender á Bertha, única hija. Esta ha llegado ya á la edad en que la paz huye del corazón y se fabrica un castillo en el aire á cada hora del día.

Al descorsarse el telón, que es la presentación que el artista Vasano nos hace de su cuadro, la joven Bertha aparece en una situación angustiosa. Quiere ser artista, lanzarse al teatro con todo el entusiasmo de la juventud y el sentimiento de mil penas ahogadas en secreto.

La señora de Gigenthal, acostumbrada á una vida tranquila, como esposa de un magistrado, no entiende de más arte que los cuidados de la casa, y prefiere que su hija sepa bordar, coser y guisar, á todos los triunfos que pueda alcanzar declamando en las tablas.

El diálogo en la entrevista de aquel día comenzó por reconvenções muy agrias.

—¡Ser actriz! exclamó la madre, cubriéndose con ambas manos el rostro como avergonzada de oír tal palabra... Dios nos libre. ¡La hija del magistrado Gigenthal, biznieta de un prefecto, y tataranieta del coronel que peleó en la batalla famosa de Munster! Mezclarse con las comediantas....

—Diga V. con las artistas, interrumpió la joven Bertha, sin dejar por eso su bordado.

—El nombre no varía la cosa hija mía.

—Y ¿qué culpa tengo si el corazón me impulsa al teatro? Quiero representar, quiero ser Luisa Miller, Ofelia, Margarita, todas las mártires del amor.

—Tonterías, mentiras, fábulas, dijo algo colérica, la buena anciana, creyendo que esos nombres eran de figuras mitológicas.

—El amor desgraciado, continuó Bertha, es la única verdad de nuestra sombría existencia, y la perla más hermosa de esta concha enferma que llamamos tierra, es el arte que nos lo hace aparecer hasta sublime.

—Pero ¿de dónde has sacado estas cosas? ¿de cuándo acá esa afición á la vida vagabunda? Vamos, niña, esto tiene que acabar.

—Sí, señora, repitió Bertha con pena: tiene que acabar, y pronto. Yo no puedo vivir encerrada como monja dentro de estas paredes, cuando me siento inclinada á ver el mundo.

—¡Embrujada! ¡hechizada! murmuró la buena señora, santiguándose y saliendo al encuentro del padre Leonardo, cura de la parroquia, varón discreto, con quien tenía amistad desde mucho tiempo.

—En buen hora ha venido su paternidad, dijo convidándole á sentarse al lado de su cómodo sillón. Necesito de su buen consejo para convencer á esa testaruda. Sus ideas estrafalarias van á destruir todos nuestros proyectos.

El venerable padre Leonardo, que había conocido á Bertha, desde niña, comenzó á reconvenirla cariñosamente, mientras ésta, levantándose como para cobrar más bríos, se apoyaba silenciosa en la cómoda, haciendo en su barnizada superficie con la aguja de bordar, unos geroglíficos que debían ser signos de indignación y de protesta de su voluntad libre. En su rostro había una expresión de amargura que daba á entender más bien pena que terquedad, más bien dolor que obstinación.

La plática del cura tuvo por resultado que Bertha se mantuvo en su propósito, anunciando que tomaría lecciones de una trágica de primer orden, que entonces había llegado, y se lanzaría al mundo á enseñar á las gentes que sufren lo que es un amor desgraciado.

—¿Es posible? exclamó algo consternada la madre.

—Triste cosa es, dijo el cura con aire de resignación. Lo mejor, señora, será dejarla en paz, que haga su gusto y dé lugar al arrepentimiento. ¡Pobre Enrique! ¡pobre sobrino mío! nuestros proyectos vienen á tierra.

Al oír Bertha el nombre de Enrique, volvió su agraciado rostro hacía el cura.

—¡Pobre sobrino! repitió. No tendrá V. mucho que lidiar con él. Es tan dócil que se acomodará á cuanto V. le mande. Renunciará á todos los planes, y aun al de vivir en el mundo, porque apenas entrado en la Universidad ya quiere dedicarse á la Iglesia.

—¡A la Iglesia!

—Sí, señor, quiere hacerse cura. El mismo me lo ha confesado cuando estuvo aquí hace quince días.

—¡El mismo!

—Sí, poco después de su presentación, paseábamos solos por el jardín, continuó Bertha, con voz algo trémula. Al marcharse, me estrechó la mano y dijo: Mi tío tiene razón. Nosotros los jóvenes nunca sabemos lo que nos conviene. Lo mejor es no oponerse á la voluntad de nuestros padres y bienhechores. Aquello que rehusamos y aborrecemos es tal vez lo que constituye nuestra dicha. Entonces se despidió y regresó á su residencia. ¡Pobre Enrique! se estará preparando para el sacrificio: tomará el hábito y....

El cura miró á la señora de Gigenthal y ésta al padre Leonardo, retratándose en ambos semblantes un rayo de alegría.

—No sabemos, dijo este, si lleva vocación interior verdadera. Una cosa es obedecer y otra desear.

—Probablemente va á ser un cura de teatro, observó la anciana madre, como tú quieres representar la princesa desgraciada....

Bertha se puso muy encarnada.

Había dado á conocer el secreto de su corazón.

El cura se acercó á ella, le tomó ambas manos, y le dijo con cariño:

—Hija mía V. se equivoca. Enrique no tomará el hábito, aunque tenga intención de hacerlo. Yo y mi buena amiga decidimos unir su suerte con la de una joven, y ponerle al frente de esta hermosa propiedad. V. debía ser esa joven. Mi sobrino estaba desesperado, y lo creía imposible, pues recordaba solamente que en su infancia era V. muy testaruda y le tiró un día la muñeca á la cabeza. Yo le obligué á venir aquí para ver cómo es V. ahora.

—Y ¿qué ha pensado?

—Quiere volver en seguida, porque no ha tenido tiempo de formar juicio.

—Será inútil, dijo con intención la señora. La niña se empeña en ser actriz y hay que dejarla con su manía.

Bertha no pudo resistir más á su verdadera vocación. Encarnada como una amapola, y derramando abundantes lágrimas, se arrojó en brazos de su madre.

Después, tendiendo su mano al cura que se sonreía, dijo:

—Sí, que venga; dígame V. que Bertha no tira ya muñecas.

X.

REVISTA MADRILEÑA.

Al inaugurar la serie de nuestras revistas madrileñas destinadas á LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER, creemos conveniente consignar que lo hacemos animados del vivo deseo de complacer á nuestras amables lectoras y de hermanar en cuantos trabajos broten de nuestra pluma, lo agradable con lo útil. Para conseguir este fin, nos haremos eco de cuanto ocurra en la corte de notable en literatura, ciencias y artes, sin olvidar una corta sección destinada á registrar los sucesos que se realicen en los altos círculos aristocráticos; cuanto, en una palabra, pueda ser grato á la mujer, poniéndola al corriente del movimiento progresivo que se opera en nuestra España y consagrando así mismo nuestra atención á las innovaciones que nos ofrece la moda, acerca de cuyo último punto, por ser tenido en concepto de importante para la mujer, dedicamos desde hoy algunos párrafos, en el lugar correspondiente de esta publicación.

Tarde, muy tarde llama este año la primavera á nuestras puertas; con todo sea bienvenida la risueña Flora; á su benéfico influjo reverdecen los árboles, modulan las avejillas sus más dulces arpegios. Bandadas de mariposas se anegan en la brillante luz del sol y durante esas tibias mañanas y poéticas tardes del mes de Mayo, que en el presente año se han trasladado á Junio, bajo las frondosas bóvedas de nuestro hermoso Retiro, ¡cuántas declaraciones de amor! cuántos sueños de color de rosa formulan las almas enamoradas que acuden á aquellas arboledas en busca de apacible soledad! En la copa de cada árbol han establecido su bulliciosa morada multitud de pájaros, al pié de cada tronco se apoyan confiados jóvenes parejas, por todas partes agradable sombra, gratos murmullos, deslumbradoras florestas, cantos de aves, luz y armonías. Es la época predilecta del año, los mismos organismos humanos siguiendo el movimiento que se opera en toda la naturaleza, se sienten rejuvenecidos, experimentan misteriosa alegría y una misma superabundancia de vida, agitan á un tiempo la naturaleza y la humanidad.

La primavera, juventud hermosa del año, evoca fielmente la imagen de la tranquila infancia del hombre; pero pronto, muy pronto, vendrá el ardiente estío á marchitar las galas con que se adornará Flora, así como el fuego de las pasiones en la adolescencia, inflama y abrasa el corazón; la generación que hoy puebla tumultuosa nuestro planeta, que goza y sufre las ventajas y desventajas de la vida, irá cayendo desfallecida en la tumba cansada de luchar; nuevos seres llenarán de lágrimas y risas los ámbitos de la tierra, y sólo la naturaleza, esa misma naturaleza que hoy nos acompaña al parecer solícita y cariñosa, fría y despiadada entonces, si siempre hermosa y seductora, continuará efectuando indiferente sus periódicas transformaciones, sin cuidarse ni poco ni mucho de los inanimados seres que en sus brazos duermen el sueño eterno.

Así es la vida y no es posible lograr en ella transformación; por eso nuestras bellas madrileñas hacen solidaria á la armónica primavera del año de sus más puras alegrías y abandonando las estrechas casas, las agobiadoras calles, vestidas con elegantes trajes de mañana, acuden al Retiro en busca de frescura y expansión discurriendo por sus deliciosas arboledas, airosas y lozanas, parecidas á misteriosas hadas, ó á bellas hijas de la mismísima Flora.

Digamos algo acerca de la tercera Exposición celebrada por el Círculo de Bellas Artes en el patio del ministerio de Ultramar.

A la ligera mencionaremos las obras que más han llamado la atención. Un precioso busto ejecutado por el maestro Casado con exquisita delicadeza, una *Ofelia* del mismo autor que se recomienda por la riqueza de detalles, un notable retrato debido á D. Federico Madrazo y *Una laguna veneciana* de D. Ricardo Madrazo, de espléndido color. Casto Plascencia ha presentado dos paisajes y un capricho, Ramos Artael un estudio de bosquejo esmeradísimo, Navarrete, *Detalles venecianos*; Alejandro Ferrant, unas *Sibilas*, Berruete una *Vista de la ría de Vigo*, y nuestro paisano Carbonell una composición tierna y sencilla á la vez titulada: *¡Pobre madre!* que el público de Barce-

lona conoce sobradamente por haber estado expuesta en casa Parés. Consiste esa conmovedora composición en una tórtola que cae herida junto á un charco, llevando en el pico una espiga destinada á servir de alimento á sus hijos, cuyo nido se percibe en uno de los árboles del fondo. Algunos críticos madrileños han dicho que el cuadro es falta de color, pero los que esta afirmación sostienen, desconocen indudablemente el aspecto que ofrece la naturaleza en el punto de Cataluña donde ha tomado sus apuntes el autor. Aparte de esto, en Madrid ha sido debidamente apreciada la tiernísima idea que ha servido de base al Sr. Carbonell, en el cuadro últimamente presentado en la Exposición del Círculo de Bellas Artes.

En esta Exposición se ha revelado una nueva esperanza para el arte pictórico español, el joven Mateo Silvela, casi un niño, que ha presentado dos lienzos, un dibujo á pluma y una acuarela, distinguiéndose en sus cuatro obras, como dibujante y colorista. *Fathma* se titula uno de los lienzos presentados por el joven Silvela, representa una hermosa mujer cuyo gallardo cuerpo envuelven deslumbradoras telas; sus manos oprimen un laúd: la entonación del cuadro responde al gusto oriental y se halla inspirado en la escuela del malogrado Fortuny á juzgar por su espléndido colorido. *Un moro* dibujado á pluma con notable corrección y valentía, *Orillas del Alberche* acuarela donde la naturaleza se halla delicadamente interpretada, y *Una calle de Azpeitia* como titula su paisaje, tales son las obras con que el joven Silvela se ha presentado ante el público de Madrid.

Dentro de breves días Mateo Silvela parte para Roma y allí, ante las obras maestras del clasicismo del arte, quien como él ha debutado con tanta valentía, sabrá hallar la fuente perenne de lo bello y dar forma acabada y perfecta á las creaciones de su infatigable fantasía.

La joven y ya conocida escritora D.^a Julia de Asensi, en uno de los tomos que componen la acreditada *Biblioteca Universal* ha publicado recientemente una preciosa colección de *Leyendas y tradiciones*.

Hoy como siempre, la Srta. de Asensi nos encanta en sus producciones, puesto que todas ellas llevan el sello de una dulzura y delicadeza sin igual, cualidad para nosotros de inestimable valor, sobre todo cuando se trata de una publicación literaria debida á la pluma de una mujer. Nunca hemos creído que la mujer anduviera acertada imprimiendo varonil sello á las creaciones hijas de su fantasía, lo mismo en lo que concierne al terreno literario, que lo que se halle sometido á los dominios mágicos del arte. El principal encanto de la mujer, y á mayor abundamiento de la mujer que escribe, es hacer gala sin rebozo de esa delicadeza de sentimientos, de esa facilidad de percepción que le es peculiar: la Srta. de Asensi comprendiéndolo así, se dedica á un género de literatura que insensiblemente y por grados, va labrando el pedestal de su fama. Sus obras retratan su carácter y tendencias; dulce y buena, lleva la dulzura y la bondad á las páginas de sus libros que á buen seguro no se caerán nunca de las manos de los amantes de la bella literatura. Consta la obrita de que nos ocupamos, de once composiciones en prosa y verso, todos ellas lindísimas, pero descollando particularmente las tituladas: *La estatua rota*; *El Cristo de la Luz* y *Sor Felisa*, esta última por su acentuado color de época.

Hay otra también, la denominada *La sombra de don Luis de Arce*, que es bellísima, pero brilla con sombríos fulgores que contrastan singularmente con el género de literatura á que se halla inclinada la joven escritora que nos ocupa; pero todas estas composiciones forman un conjunto tan agradable en sus diversos géneros, que aconsejamos á nuestras lindas lectoras su adquisición, convencidas de que ellas como nosotros después de haber leído *Leyendas y Narraciones*, harán justicia á las dotes eminentemente literarias que adornan á su ilustrada y discreta autora.

Los marqueses de la Puente y Sotomayor, deseosos indudablemente de que tomen carta de naturaleza á orillas del Manzanares los *gardens spartys*, reunieron durante una de las pasadas tardes en su artístico hotel de la Castellana á un reducido número de amigos con objeto de admirar las dotes musicales de los distinguidos pianistas Sres. Esperanza, Ferrán y conde de San Rafael de Luyanó, tributando de paso merecidos aplausos á las Srtas. de Alonso Martínez y Gaviria, las cuales cantaron con el gusto, delicadeza y sentimiento que tienen acreditado. Esta reunión, aunque de carácter íntimo, dejó un agradable recuerdo en la mente de cuantos concurrieron á ella. El buen gusto y esplendor de los amables marqueses de la Puente y Sotomayor, es proverbial, y aún se habla en los altos círculos con entusiasmo, de la soberbia fiesta que los Sres. de Osma dieron no há mucho en obsequio de los reyes de España y Portugal.

Continúan los lunes en casa de los condes de Casa-Valencia las reuniones de confianza y en ellas lo mismo que en otros varios círculos donde se reúne nuestra aristocracia, se habla de bodas verificadas y otras en proyecto para realizarse en la actual estación. Entre las primeras figura la de la hija del marqués de Torneros, con el Sr. Roca de Togores, la de D.^a María Josefa Topete, hija del vice-almirante de la Armada de este nombre, con el joven naviero catalán D. José Vidal y Largacha, y en las segundas, la de la Srta. D.^a Soledad de las Bárcenas, hija del banquero D. Juan de las Bárcenas, con el hijo del difunto marqués de San Gregorio, y la de un hijo del conocido hombre público D. Manuel Silvela, con una hija de los condes de Montefrío.

También se habla de los preparativos de viaje que

realizan algunas ilustres familias para librarse de los rigores del próximo estío. La duquesa Angela de Medinaceli abandonará la corte en los primeros días de Julio y la duquesa viuda de Bailén irá á San Sebastián. Este último punto y Biarritz prometen ser el centro de reunión de la aristocracia madrileña.

Quando regrese de Viena S. M. la reina Cristina, empezará la jornada en el Real sitio de San Ildefonso.

Los jardines del Buen Retiro han abierto sus puertas, inaugurando, no con muy buena suerte por cierto, la temporada veraniega.

La noche estaba bastante fría, las damas casi todas vestían de verano y ese fué suficiente motivo para que la concurrencia abandonara aquel delicioso sitio mucho antes de que se terminara la función.

El lunes concurren al concierto organizado en dichos jardines por la marquesa de Perijaa y señora de Bayo, S. M. el rey, las infantas, D. Fernando de Portugal, el infante D. Augusto y la condesa Edla que vestía precioso traje color de hoja seca y elegante sombrero con pluma del mismo color.

Pronto empezará la desbandada general; Madrid por unos cuantos meses perderá la fisonomía que le es propia, y en medio de los ardores caniculares, el Buen Retiro será el refugio de los madrileños, la hermosa esperanza que les hará soportar con resignación durante el día, los rigores del rubicundo Febo, á cambio de contar por las noches entre sus umbrías arboledas y á los acordes de la orquesta dirigida por el maestro Caballero, con las suaves é inocentes caricias de la pálida Diana, esa melancólica diosa eterna inspiradora de la sagrada poesía, que con los mismos fulgores brilla hoy en nuestro cielo, que brillara, allá en la gastada antigüedad, durante los mejores tiempos del arménico paganismo.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 22 de Junio de 1883.

LA NOVIA.

En los artículos anteriores tuve el gusto de descubrir á ustedes, la etimología de la palabra novio; justo es que al tratar de la *novia* descubra también la de esta palabra, que comienza á ser un si es no es subversiva.

Novia, lo mismo que *novio*, se compone del adverbio *no* y de *veia* del verbo *ver*, que en muchos casos, y por los poetas sobre todo, que autorizados por el uso á abusar de las licencias poéticas, ponen y quitan letras y sílabas á su antojo, se convierte en *via*; es decir, que cuando se llama *novia* á una mujer, lo que se quiere significar es que *no veia*; que estaba ciega cuando no era novia, y que abrió tanto ojo apenas halló en el camino de la vida un joven del tenor siguiente, que le dijo: *Buenos ojos tienes*.

Paréceme que nadie dudará de la verosimilitud de esta etimología; el *novio* se enamora y queda ciego; la *novia* tiene que ver por dos, por el novio y por ella; es decir, que la niña más inexperta, la que no ha visto siquiera el mundo por un agujero, apenas tiene novio, empieza á ver claro, y de algunas puede decirse que adquieren la doble vista, reservada á los sonámbulos, magnetizados y prestigiadores que de tiempo en tiempo embroman al respetable público que se deja embromar como un bendito.

En primer lugar, una novia ve el cielo abierto, lo que es una ventaja envidiable; después ve un porvenir dichoso, tan ilimitado como se le antoje; y por último, ve la envidia y el despecho de sus amigas que no tienen novio;—y sabido es que nada contenta á una mujer tanto como tener ocasión de aparecer superior á otra; es decir, como publicarse *novia* entre las que no han podido todavía presumir quién de los galanes que hay en el mundo será su media naranja.

La mujer tiene en su vida un momento de completísima satisfacción: el momento en que oye por primera vez una palabra de amor de la boca de un hombre, aspirante á novio. Ella podrá, si el prójimo no es de su gusto, plantarle unas calabazas de padre y muy señor mío; pero toda su vida le agradecerá la primera palabra de amor que sonó en su oído y cuyo eco guardará perpetuamente en su corazón.

Sirva esta verdad de consuelo á los tontos, á los antipáticos, á los feos y demás compañeros mártires, y de elogio á las pobrecitas mujeres.

Muchos hombres no pagan ni agradecen siquiera el amor de las mujeres, pero las mujeres pagan siempre el amor de los hombres,—no digo que no haya excepciones,—y cuando no lo pagan lo agradecen. ¡Benditas sean las mujeres que nos prodigan su amor por más que casi siempre sea su premio nuestra ingratitud!

Un hombre es capaz de decir mintiendo *Yo te amo* á todas las mujeres; habrá mujer que se lo diga á más de uno, pero no mentará tanto como los hombres; en el *Yo te amo* de una mujer siempre habrá algo de amor.

Y es que, como creía Shakspeare, el amor se gasta más pronto en la imaginación de los hombres que en la de las mujeres.

Se ha establecido acertadamente que en los casos de amor el hombre tome la iniciativa con la boca; pero la mujer, que no creía muy equitativa esta ley, ha encontrado un medio de eludirla, tomando á su vez la iniciativa con los ojos, cuyo lenguaje convence siempre.

Una mirada de Eva debió inducir á Adán al pecado.

Un hombre pasaría cincuenta veces al lado de la mujer más hermosa del mundo, sin ocurrírsele que

se enamorará de ella; pero si pasa luego tres veces no más, y la hermosa le dispara tres miradas de esas que no tienen réplica, aquel mismo hombre, antes indiferente, sentirá ansia de volver á ver á aquella mujer, y la buscará y la seguirá en todas partes, y la verá en sueños y se enamorará como un loco.

La mayor parte de las veces, cuando un hombre hace una declaración á una mujer, ésta no se sorprende, por más que suela aparentarlo.

Las declaraciones por escrito no agradan regularmente más que á las mujeres dadas á pulsar la lira y á escribir *su diario*, á leer las novelas de Jorge Sand, á quejarse del destino en variedad de metros, y á andar siempre á vueltas con los cabellos de oro, y los dientes de marfil, los labios de coral, y los ojos de gas, etc., etc.

Las mujeres saben perfectamente que hay hombres que escriben mejor que hablaba Cicerón, y hablan peor que escribía Comella; y lo que sobre todo quieren las mujeres, es hablar.

Una mujer muda podrá inspirar una verdadera pasión al hombre más hablador; pero un hombre mudo sólo inspirará compasión á la mujer más prudente.

La novia recorre, desde que puede llamarse así, un camino lleno de flores y en el que encuentra mil ocasiones de halagar su vanidad de mujer.

El novio cree que está en berlina, y así es, cuando pasea la calle donde vive la señora de sus pensamientos y le observa la vecindad; cuando la sigue á respetuosa distancia; cuando sus amigos le sorprenden llevando del brazo á su mamá; cuando la mamá le enseña como objeto curioso y nunca visto; cuando oye decir: *ese es el novio de la Fulanita, ó ya te he visto con tu novia*; y por último, cuando el día siguiente al de su matrimonio se presenta con su mujer á dar parte de su efectuado enlace y ofrecer su habitación, calle de Tal, número tantos.

Y todo esto que el novio sufre, en prueba de desmesurado amor, lo desea la novia como el colmo de su ventura, como la satisfacción de su vanidad de mujer.

Yo no conozco, por lo demás, nadie más susceptible que una novia, nadie más exigente.

La novia enamorada, que—también las hay que están tan enamoradas como yo,—y por ende interesada en la conservación del novio, es celosa siempre; y el novio de una novia celosa es una especie de maniquí que anda, viene, va, entra, sale, se mueve ó se está inmóvil á voluntad de la novia.

Verdad es que si en el amor de dos novios no hubiera celos, su amor sería la cosa más monótona y más insulsa. Hé aquí lo que se dirían por la mañana y por la tarde desde el primer día de novios hasta la primera noche de esposos:

—¿Me quieres?
—Te quiero.
—¿Piensas mucho en mí?
—No pienso en otra cosa.
—¿Vendrás mañana?
—Primero faltará el sol.
—¿Me quieres?
—Te quiero.
—¿Mucho?
—Mucho. ¿Y tú?
—Yo sí; te quiero mucho; pero ¿tú me quieres?
—Te quiero más que tú á mí.
—¿Eso sí que no puede ser, porque yo te quiero mucho!
—¿De veras? ¿Me quieres mucho?..... No haces más que pagarme, porque yo te quiero mucho también.
—¿Sí? ¿es posible?..... ¿Me quieres mucho?
—Mucho; y me contento con que me quieras. tú lo mismo que yo te quiero.
—¿Sí?... pues yo te quiero lo mismo,.. es decir, lo mismo, no, porque por mucho que tu me quieras, no me querrás tanto como yo.
—Yo te quiero cada día más.
—Eso precisamente me sucede á mí; no creí que en tan poco tiempo pudiera llegar á quererte como te quiero. Te quiero mucho, créeme.
—¿Mucho?
—Mucho. Y así estarían *queriéndose* uno, dos ó más años, concluyendo una y otro por hallarse ridículos en grado máximo. Los celos son un motivo de conversación, y además un pretexto para seguir conjugando el verbo querer. ¡Cuanta más animada es esta otra conversación de dos novios!
—¿Dónde has estado hoy á las once que no has pasado por ahí?... ¡Y yo helada al balcon!
—Hija mía, me desperté tarde, y cuando salí de casa eran las once y media, y tuve que ir á la oficina.
—Es claro, anoche te retirarías tarde... ¿Dónde estuviste?...
—Te voy á decir la verdad: estuve por comprometido en un concierto.
—¿Dónde?
—Ahí cerca, en casa de D. Venancio, mi jefe.
—¡Ah! ¡ya! ¿haces ahora el amor á su hija?..
—¿Qué disparate!
—Sí, que no te conozco yo á tí... Como su padre puede protegerte... ¡Y la hija es graciosa!.. ¡Más presumida y más tonta, y con unos ojos más torcidos!
—Pero hija, ¿de dónde deduces tales absurdos?
—Sí, sí, absurdos... defíndela, hombre; átrévete á decir que es bonita... y parece la estampa de la herregía...
—Si no digo eso, mujer; si lo que digo es que nada tengo que ver con la hija de D. Venancio.
—Serías el primero, porque la niña no es corta de genio, y ha tenido ya más novios... ¡Así hablan de ella!..
—No sé nada, pero yo no he observado cosa alguna que pueda perjudicarla...
—¿Cómo! ¿La defiendes?
—Es hija de un amigo y protector mío, y ese es mi deber.

—Pues bien, yo no soy plato de segunda mesa.. ella ó yo... ya está V. de más en mi casa.

—Pero hija, oye razones ..

—Nada tengo que oír... Es V. un hombre sin delicadeza...

—Poco á poco; ese es un insulto, y yo...

—V. no tiene que volver á acordarse del santo de mi nombre.—(Dirigiéndose á otro). Paquito, ¿quiere V. tenerme esta madeja?

—Pero, oye, hija mía...

—¿Qué? ¿No va V. á ver si ha descansado la hija de D. Venancio?

—Sí, señora, voy... (Cogiendo el sombrero). Mira que no vuelvo.

—Nó, nó, que puede V. perder esa proporción.

—¡Pues... á los piés de V.!

—¡Beso á V. la mano!

(*Suena un portazo; la novia recoge la madeja y la tira en un cesto; se levanta y se encierra en su cuarto á llorar y Paquito se queda viendo visiones.*)

El día siguiente, la conversación se reduce á *¿Me quieres? Te quiero*, etc., etc.; pero pronto hay otra escena cómica en que la novia da celos al novio, mostrándose muy amable con Paquito, y el novio se los da también á la novia, aparentando no hacer caso, y la novia y el novio rabian de celos aparte.

Estas escenas suelen terminar cuando el novio, que va con buen fin, pide y obtiene la mano de la novia.

La novia entonces comienza á ver en el novio un objeto de su propiedad, que no puede enajenarse ni traspasarse, por más que entre los hombres haya algunos cuya palabra pudiera juzgarse tan segura como el agua en una cesta, y por más que haya habido muchos ejemplos de novias compuestas y sin novio, y de novios que en la última hora de su libertad han vuelto valientemente por ella, jugando á las novias lo que se llama una partida serrana.

La novia lo mismo que el novio, es durante algún tiempo objeto de la curiosidad de todos, y de la envidia mordaz de las *incasables*, y no pocas veces de miserables calumnias.

Y esto sucederá mientras haya mujeres y hombres en el mundo.

El axioma vulgar: *¿Quién es tu enemigo?... el que es de tu oficio*, es una verdad.

Los hombres se disputan con implacable porfía los empleos, y eso que tienen muchos empleos que escoger, y se hacen cruda guerra, y se espían, y los que se levantan empujan á los que caen, y los que caen procuran levantarse para hacer lo mismo, y por lograr cada cual su objeto, se prueban todos los medios, los buenos como los reprobados, los fáciles como los difíciles, los posibles como los imposibles.

Pero si esto hacen los hombres en todos los oficios, en todas las carreras, en todos los empleos, ¿cómo no lo han de hacer las mujeres que no tienen más carrera que una, la del matrimonio?

¿Cómo no ha de envidiar la que ve que se le pasa el tiempo sin navegar por el mar del amor con dirección al puerto del matrimonio, á la que, después de una rápida y divertida travesía, puede desde ese puerto contemplar serena y sin temor tempestades que ya no han de hacerla naufragar?..

Algunas novias, que fueron muy celosas, suelen no serlo cuando casadas, aunque les sobren los motivos fundados que antes les faltaban. Compadezcamos á estas mujeres y á sus maridos.

Las que aman á sus maridos son felices, y felices los maridos que se hacen amar de sus mujeres.

Y cuando la nieve de la vejez blanquea sus cabezas, su amor no ha envejecido desde la época en que los esposos eran novios, porque constantemente lo ven y lo sienten en el amor de sus hijos.

CARLOS FRONTAURA.

CORRESPONDENCIA DE PARÍS.

La inmensa esfera sobre la que se cumplen nuestros destinos y que nos arrastra, como á minúsculos parásitos, por los abismos insóndables del espacio, se engalana en verano con un manto de verdura, cuyo color reanima en nuestros pechos una dulce esperanza sin la cual es imposible la vida.

No es mi intención, como habreis adivinado por este preámbulo, hablaros de cosas de París, que, por otra parte, son en esta época de insignificante interés, sino por el contrario lanzarme al campo y describiros mi excursión á las ferias de Neuilly. Si os dijera, por ejemplo, que Neuilly se halla situado á ocho kilómetros de la capital, que se admira en él un puente magnífico y numerosas y elegantes casas de campo, y que Luis Felipe tenía allí un castillo que fué incendiado en 1848, no lograría sino hacerme tachar de fastidioso historiador. Por consiguiente procuraré dejarme todo esto en el tintero.

El domingo último, pues, salí tempranito de casa y me dirigí, con aire triunfal, á tomar el tren de circunvalación. Las salas de espera estaban cuajadas de gente, feliz con la perspectiva de un día sin otra ocupación que la de divertirse. Llegué demasiado temprano y tuve que esperar á lo ménos una media hora.

Se abren al fin las puertas y todos se precipitan, se empujan, se atropellan, disputan, gritan: los chiquillos se quejan, llorando, de los empujones que les dan, una gruesa comadre apostrofa á alguno que, apresurado, ha tomado sus delicados piés por las losas del andén!... Yo, que había llegado de los primeros, me encuentro, sin poderme explicar el porqué, á la cola de la muchedumbre, y á pesar de mis esfuerzos no puedo salir de la sala hasta que el tren estuvo lleno por completo! Furioso por este contra-tiempo, recorro á grandes pasos todo el andén explorando el interior de los wagones, pregunto al em-

pleado del furgón si puede admitirme en él y «No llevamos en este coche más que bultos, me contestó, pero si quiere V. subir.....» ¡Muchas gracias! Y continúo implorando por todos lados diez centímetros de banqueta: ¡pero nada, nada! todo está ocupado.

Pero pronto se calma mi agitación, al averiguar que iban á poner en seguida un tren suplementario, que llega, en efecto, al cabo de quince minutos y ya esta vez, tuve la fortuna de encajonarme.

El panorama de París que veo desde mi asiento, me hace el efecto de un cuadro disolvente cuyo marco fuera la portezuela del wagón.

Después de un viaje sin tropiezos, me apoyé y me dirijo hacia el lugar de delicias.

La feria se extiende en un hermoso paseo que los salimbancos ocupan por completo. Su bombo retumba, sus platillos ensordecen y sus pulmones hacen en los portavoces furiosos y prodigiosos que llenan el espíritu de curiosidad y el timpano de ruido. Los lidiadores echan el guante al pueblo: es el duelo épico, el torneo del biceps, la gran batalla del músculo. La mujer salvaje enseña sus dientes y prorrumpe en gritos guturales: es la plegaria de su país. La enana saca su mano arrugada por la ventana de su casa, no mayor que una jaula. Las familias se pasean entre tantas maravillas y los niños estrechan preciosamente sobre su pecho, los monigotes y soldados de caramelo de los que lamen el extremo de una bota ó la punta de la nariz.

Las casas de fieras son numerosas este año. Se oye al pasar cerca de ellas el concierto horrible de las bestias que componen la colección. Los rugidos del león, los gruñidos del oso, los relinchos de los caballos, las voces del domador, los aplausos del público, el llanto de los roros amedrentados, todo junto produce una armonía que los músicos del porvenir no llegarán jamás á imitar.

Como quiero también tomar mi parte en las diversiones, entro en un barracón pintarrajeado de azul, para ver á un zulú, que el amo del establecimiento asegura haber capturado por sí mismo en una isla de la Oceanía. El tal sujeto no tiene nada de notable; su color recuerda el del lustre para las botas y yo me decía para mi capillo, que este personaje debe de tomar un baño de tinta antes de exhibirse, lo cual no sería uno de los peores usos de esta composición. á mi ver, porque á lo menos en este pobre salvaje no escandaliza á los olfatos sensibles.

Voy, vengo, corro, vuelo. Fenómenos, monstruos, curiosidades, todo abunda y todo lo quiero examinar.

Deseoso de divertirme, me encaramo sobre los caballos del tío Vivo, tiro al blanco, pierdo mi dinero á la lotería y á juegos diversos, penetro en los teatros en que representan actores horriblemente pintados, contemplo las farsas á la entrada de los circos ecuestres, escucho á las orquestas encaramadas en tablados poco sólidos, estímulo á los órganos de Berbería, á los cantores ambulantes, y, en pié, sobrelle-

vo con calma los dicharachos, cantos y risotadas del público! ¡No sabía á qué atribuir esta mi indiferencia! pero creo que me encontraba un poco..... aturdido!

Para cambiar, me fui por en medio de los campos. Aquello era distinto, porque venia la noche y con ella el reinado del silencio. París se vislumbraba á lo lejos: Nuestra Señora con sus dos torres, parecía en la penumbra, un gigante prosternado levantando al cielo sus inmensos brazos, para implorar de Dios la remisión de nuestros pecados. No lejos de mí se

¡Pronto penetramos en la estación!

Me volví lentamente á mi casa extenuado de fatiga, y resuelto á tomar inmediatamente el descanso que me tenia merecido.

Pero el hombre propone y el correo dispone.

Encontré encima de mi mesa de estudio, el segundo número de LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER y me puse enseguida á devorarlo con los ojos.

No me toca hacer el elogio de esta revista, pero permítaseme, á lo menos, que envíe desde aquí, mis más calurosas felicitaciones á las personas de talento que en ella escriben y á cuyo lado tiene el honor de contarse,

Ego.

París 22.

LA CONFIDENCIA.

Poca explicación requiere el cuadro cuyo grabado lleva este título: La fisonomía bondadosa de la madre, el rostro cándido de la hija, iluminado por la luz de la esperanza, y la figura en el último término de un joven de elegante porte, basta para comprender que se trató ese dulce momento tan amargado generalmente en la sociedad, en que la joven se ve en la alternativa, de ocultar su pasión y dar principio á una serie de fraudes y engaños peligrosos para su honra, ó acudir con franqueza á revelar sus emociones, á la única que debe saberlo, y tiene sobrada discreción para aconsejarla.

Si todas las hijas siguiesen este camino, disminuirían los sufrimientos morales, y las desventuras domésticas; pero se necesita para esto, que las madres sepan representar el papel de amigas y confidentas, y no asusten á las hijas con aires de autoridad.



LA CONFIDENCIA, dibujo de R. Genichlag.

encontraba una pequeña capilla en la que unos niños rezaban acompañados por el órgano: se diría que era la voz de la naturaleza arrullando á los tiernos pinos que me rodeaban.

Cuando me encontré aliviado, por una fuerte dosis de calma, del ligero dolor de cabeza que me había producido el barullo de la feria, fui á tomar el tren para volver á París.

Esta vez no tuve que esperar, porque partí casi enseguida. Las estrellas brillaban en el firmamento y la respiración fatigosa de la locomotora turbaba sola la quietud de los campos ahora adormecidos.

Los cinco alambres del telégrafo que corren á lo largo de la vía, semejaban, extendidos sobre el cielo, á una fantástica pauta. La luna, plácida y poética, jugueteaba, como una nota de fuego, por entre estas líneas extrañas que bajan y suben regularmente, formando, reproducida hasta el infinito, esta tan sencilla melodía, *la, si, do, si, la.*

ADVERTENCIA.

Cumpliendo lo ofrecido á nuestras suscriptoras, repartimos con el presente número la inspirada melodía. ¡*Pauvre Mignon!* del maestro Pedrells, cuyo solo nombre nos dispensa de todo elogio.

En cuanto á las condiciones materiales de su edición observarán nuestras suscriptoras que corresponden exactamente á las de la que repartimos en el número 1.º del mes anterior escediendo ésta á aquella en dos páginas.

En ello verán también cumplido nuestro ofrecimiento de dar cada mes una notable obra musical completa, sean cuales fueren sus dimensiones.

Barcelona: Imp. de Luis Tasso y Serra, Arco del Teatro, 21 y 23.



Revista de Modas

Y SALONES

Suplemento al n.º 3 de «La Ilustración de la Mujer»

REVISTA DE MODAS.

No como aseguran algunos con notable ligereza, la creación de la moda ha obedecido al vehemente deseo que experimenta la mujer por adornarse y satisfacer su vanidad, sino al objeto de secundar la dulce tendencia que inclina á la débil mitad del género humano hácia lo bello, hácia lo armónico, hácia cuanto contribuya á realzar sus naturales gracias, en el seno de la más encantadora sencillez, sin que para seguir sus caprichosos decretos, cuando la mujer posea un juicio sólido, sean menester cuantiosos desembolsos. La moda es únicamente un poderoso auxiliar del buen gusto, un medio hábil de poner en práctica infinidad de armónicas combinaciones que, teniendo por base una prudente economía, presten relieve á la dulce belleza de la mujer y revistan de un grato bienestar el interior del hogar doméstico, ese templo augusto de la familia, en el cual la mujer oficia como único sacerdote.

Además de cuanto llevamos dicho, precisa no olvidar, queridas lectoras mías, que en sociedad no basta ser una mujer elegante, cosa que se obtiene fácilmente copiando con exactitud el último figurín recibido de París, es necesario y mucho más grato adquirir el título de mujer distinguida y de talento, para lo cual se necesita mucho y muy poco; amor al estudio, buen gusto natural y después cualquier al parecer insignificante detalle: la hermosura sin la distinción carece de su principal encanto y sólo enlazando armónicamente ambas cualidades por medio del talento, es como la mujer, lo mismo en el trato familiar, que en el roce social, logra hacerse agradable en todas las esferas, igual en la juventud que en la edad madura.

Nunca en nuestras revistas nos haremos eco de las exageraciones en que incurre á veces la moda, tendiendo inadvertidamente á alterar los adorables encantos de la mujer, sino por el contrario, deseando prestar nuestro concurso á esa débil mitad del género humano, citaremos infatigables los modelos más sencillos y del mejor gusto, las labores más en boga, los procedimientos que aconseja la ciencia para conservar la hermosura sin necesidad de recurrir á algunos efectos dañinos de la perfumería moderna; finalmente procuraremos ocuparnos de cuanto nuestro buen deseo nos indique como agradable á las bellas lectoras de LA ILUSTRACIÓN y que, en nuestro concepto, pueda ejercer provechosa influencia en el hogar, sin salirnos del terreno propio de la amenidad que exige la índole especial de nuestras revistas.

Tal es nuestro programa, y para encaminarnos paulatinamente á su desarrollo diremos respecto á modas que las telas más indicadas en la presente estación son el tafetán tornasolado y los dibujos con flores, si bien estos últimos experimentan ya sensible decadencia. En sedas de color hay una gran variedad donde escojer; entre ellos predomina el color morado con reflejos negros, ó si se prefiere mejor plateados.

la rosa de Alejandría, pero de perfume más fino y consistente. Puede no obstante sin faltar abiertamente á las prescripciones de la moda, sustituirse este perfume con el violeta, rosa-thé y heliotropo, haciendo extensivo su uso á los jabones, á los polvos y á todas las aguas propias de tocador.

Actualmente y para trajes de baile, nada tan apropiado como el tul bordado con flores de colores, suponiendo naturalmente en razón á la poca consistencia de esas ligeras y encantadoras telas, que la cola y el corpiño deben hacerse con tejidos fuertes de seda, cuyos dibujos sean iguales á los del tul. Para trajes de banquete priva mucho el raso de colores medios con brochado de flores: en lo referente á sombreros las formas, hasta ahora admitidas por la moda, son grandes y generalmente adornadas con plumas.

J. P. DE C.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 y 2.—Trajes de paseo.—Estos hermosos trajes de verano son muy ligeros y muy fáciles de hacer. El n.º 1 de velo indio de color crudo guarnecido de lazos de raso ó de terciopelo color granate de 6 centímetros de ancho. La falda va adornada por abajo por dos volantes plegados de 10 centímetros de alto separados los pliegues por 4 centímetros. La túnica se compone del delantero *drapé* con un ancho plegado en el borde terminando atrás por una caída en punta de sierra. El *puf* se pliega redondo y muy ancho, guarnecido de dos plegados anchos que se sujetan por lazos de terciopelo ó raso: un plegado muy menudo guarnece el borde de la chaqueta y un encaje también de color crudo adorna el pecho y el cuello así como las mangas: lazos de terciopelo realzan el fresco adorno de este cuerpo.

2.—Este traje también es de velo indio color granate con lunares de raso, blancos. La falda ligeramente plegada á un costado va adornada de un volante á picos de 18 centímetros de alto, fruncido, sobre el cual va un vies de *fular* sembrado de florecitas; la túnica forma un delantal muy largo de la misma tela que la falda y levantado por los dos lados; un bullonado ancho concluye el cuerpo. Los dos costados del pecho se adornan con vieses plegados en forma de *fichú*, vueltas de terciopelo en las mangas con lazos y hebillas de perlas; lazos más estrechos recogen la túnica. Sombrero chambergo de paja de Italia, el ala va por dentro forrada de raso del color del vestido: hebilla de perlas sujeta la ancha tira de terciopelo que rodea la copa: riquísima pluma blanca.

3 y 4.—Trajes para niño de 6 á 8 años.—3.—Pantalón, chaleco y blusa.—Este trajecito, bien se haga de tela de hilo, bien de percal, gris ó azul, con la manga y el bajo del pantalón bien ancho, es muy cómodo y ligero para el verano: nuestro modelo está hecho de tela de hilo gris, guarnecido de tiras azul oscuro, el cuello á la marinera, las vueltas de las mangas y el



1 y 2.—Trajes de paseo.

En lo relativo á perfumes el gran mundo ha aceptado casi por unanimidad el llamado Kananga del Japón, esencia que usan los soberanos del celeste Imperio para sus abluciones; la leche de Kananga, tan celebrada para dar un hermoso mate al rostro, merece especial predilección por parte de nuestras damas; se distingue por un olor penetrante y dulce, no ataca en lo más mínimo el sistema nervioso y débese su introducción en Europa, á haberlo adoptado la bella princesa que hoy reina en el Japón. Kananga es el nombre de una preciosa flor, parecida á

mangas con lazos y hebillas de perlas; lazos más estrechos recogen la túnica. Sombrero chambergo de paja de Italia, el ala va por dentro forrada de raso del color del vestido: hebilla de perlas sujeta la ancha tira de terciopelo que rodea la copa: riquísima pluma blanca.

3 y 4.—Trajes para niño de 6 á 8 años.—3.—Pantalón, chaleco y blusa.—Este trajecito, bien se haga de tela de hilo, bien de percal, gris ó azul, con la manga y el bajo del pantalón bien ancho, es muy cómodo y ligero para el verano: nuestro modelo está hecho de tela de hilo gris, guarnecido de tiras azul oscuro, el cuello á la marinera, las vueltas de las mangas y el



3 y 4.—Trajes para niño de 6 á 8 años.

ta rojo con flores en el lado derecho; sombrero de copa rodeado de gasa bien sea marrón ó blanca. Para el verano, este traje se puede hacer de finísimo cachemir azul marino ó gris oscuro.

6.—Traje de paseo.—La falda se hace ó de velo ó bien de hilo color crema; la guarnecen dos volantes de 45 centímetros de alto que van plegados y adornados de distancia en distancia de velo *Lakmé*; el volante de arriba sólo tiene 30 centímetros de alto y va casi cubierto

chaleco es rayado de azul y gris, botones de metal plateado, cinturón de cuero, abrochado con una hebilla del mismo metal.

4.—Traje escotado para niña de 5 á 6 años.—Este lindo vestido de fular azul, se adorna por delante con un ancho *plastrón*, ricamente bordado, adornado á los lados de entredoses de encajes ó de pequeños pliegues; á esta hechura suelen transformarse los trajes de bautizo acortándolos. En los hombros lazos de cinta del color del vestido, banda ancha de raso anudada atrás.

5.—Traje de amazona con chaqueta corta de pico atrás y dos picos delante: alfiler de herradura en el cuello; lazo de cin-



7.—Sombrero de campo.



8.—Fichú con cuello militar.

por la túnica que está cosida á la cintura, recogida por delante en forma de delantal por grandes pliegues muy atrás. Esta túnica se corta de 118 centímetros de larga y 130 de ancha. Es de seda *pompadour*, de fondo crema salpicada de ramos de colores vivos. Los pliegues que recojen la túnica la reducen á 35 centímetros de altura. El *puf* que se corta á hilo tiene 122 centímetros de largo y 112 de ancho. El cuerpo ajustado con mangas de color adornado de una camiseta *fichú* como la que describimos en nuestro n.º 14. El cinturón en punta es de terciopelo del color más saliente del vestido, haciendo juego con el cuello militar y los lazos de las mangas. Capota del mismo velo que el traje adornada de fruncidos de encajes y de lazos de terciopelo.

7.—Sombrero de campo.—Este lindo sombrero es de paja marrón, está adornado todo al rededor de un encaje *guipur*; un gracioso lazo de fina batista y encaje sobre el que hay un lazo de terciopelo color fresa con un ramo de igual fruta completan su adorno.

8.—Fichú con cuello militar.—Este fichú tiene 48 centímetros de largo y de 60 á 65 de ancho. La gasa se hace bullonada en el cuello, después se plega hasta abajo y se guarnece al rededor de un rico encaje de 8 centímetros pegado liso en un lado y fruncido en el otro: un lazo de terciopelo granate ó del color del vestido con que se vaya á usar, como así mismo el cuello militar, un lazo de lo mismo de 5 centímetros de ancho ata debajo el fichú.

9.—Sombrero para niña.—Capota redonda con copa levantada de paja de Florencia: el ala se forra de raso blanco fruncido; una cinta ancha rodea la copa formando rulo y lazo guarnecen la copa de este elegante sombrero; adorna el borde del ala al rededor del fruncido del lazo, una tira de felpa que cae por

detrás en dos bandas cortada á picos agudos. Rica pluma color rosa.

10.—Traje con pardesus para niña.—La chaqueta de este pardesus termina detrás por un largo paño cuadrado que se pliega en *puf*, formando una túnica plegada de 38 centímetros de ancho: el delantero 68 centímetros desde el cuello y la falda 65 centímetros de alto por 165 de ancho; un bordado muy calado y ancho guarnece la manga y forma cuello; otro bordado más estrecho se coloca de transparente al borde de la túnica y en el de la falda.

cho: un bordado muy calado y ancho guarnece la manga y forma cuello; otro bordado más estrecho se coloca de transparente al borde de la túnica y en el de la falda.

11.—Traje con chaqueta de aldetas.—Esta chaqueta está cortada á largas aldetas unidas entre sí por un plegado en forma de abanico. La túnica que es á grandes cuadros está recogida por los costados y forma por detrás un *puf* muy original. La falda, que como la chaqueta es de satinete verde oscuro y está así mismo abierta como



9.—Sombrero para niña.

las aldetas de la chaqueta y unida por pliegues de raso verde esmeralda también en forma de abanico: la chaqueta se abre desde el cuello hasta la mitad del pecho dejando ver un chaleco blanco con botones dorados. En este traje conviene tener presente la manera de hacer el *puf*, para lo cual los pliegues de la túnica tienen que reducirse por detrás á 30 centímetros de alto, formando un *puf* voluminoso y bastante corto para que luzcan los pliegues de la falda en forma de abanico. También se pueden hacer la chaqueta, por ejemplo, azul marino y bronce, fresa aplastada y rojo burdeos y color oliva y fuego; los colores de los cuadros de la túnica han de armonizar siempre con los de la falda y chaqueta.

12.—Traje con peregrina.—La falda de este traje termina por un plegado estrecho y va guarnecida de un alto volante bordado puesto casi liso. La



13.—Sombrero de paja calada.

túnica Polonesa de rico crespón de la China es muy ancha, muy larga y ricamente plegada y sujeta por lazos de terciopelo y raso. La Peregrina es abierta por delante y corta; está adornada de bordado igual al volante de la falda: una punta de raso en la espalda. Viene por delante formando solapa; gola de puntilla plegada, cerrada por un lazo. Sombrero de paja color vino oscuro guarnecido de cinta otomana y de un grupo de plumas color fresa de diversos tonos.

13.—Sombrero de paja calada.—Este sombrero cuya paja es clara se forra de raso ó azul ó cereza; rodéale un fleco doble de seda del mismo color; de distan-



15 y 16.—Traje de blusa para niña de 5 á 6 años.

cia en distancia clavos bien de acero, bien de nácar ó bien dorados. Tres pompones del mismo color de la seda al lado izquierdo.

14.—Fichú con escarpela de cinta.—Este modelo figura una camiseta bullonada de gasa de seda blanca adornada de tres órdenes de encajes fruncidos; un plegado del mismo encaje lo rodea; la escarpela es azul pavo-real de diversos tonos como el cuello militar; ésta va rodeado de un vivo de raso color oro.



14.—Fichú con escarpela de cinta.

15 y 16.—Traje de blusa para niña de 5 á 6 años.—15.—Este cómodo traje se hace de raso de América á rayas color granate y blanco, abotonado por delante de alto á abajo; se guarnece este cuerpo en el pecho y la espalda lo mismo que las mangas de fruncidos de 5 centímetros de ancho formando cabeza á un volante de encaje igualmente fruncido.

16.—Traje guarnecido de bordados para niña de 9 á 10 años.—Este rico traje es de fular color rosa claro: se cierra por un lado, pero los dos lados de la chaqueta están adornados de botones en medio de los cuales hay un peto de rico encaje que así como el cuello peregrina y las mangas está hecho de bordado blanco sobre fónido rosa un poco más oscuro que el vestido. La camiseta que desde el peto sube al cuello es de transparente batista con una gola de finísimo encaje.

17.—Traje con túnica pardesus y chaqueta.—Este modelo se hace ó de satinete fondo claro y sembrado de ramitos de raso de un tono oscuro ó bien de crespón de la China. De todos modos es un traje de mucha elegancia y frescura. La túnica se cierra con dos hileras de botones muy juntos y se levanta en *puf* alto por detrás: el borde de la falda se guarnece de un vies ancho de raso y de un estrecho plegado. La chaqueta es abierta y adornada de un cuello alto que se continúa por delante con una solapa que como se ve es de una forma nueva y original. La túnica tiene 215 centímetros de ancho y 170 de largo desde los botones: la tela de la chaqueta es lisa y rodeada de un vies de raso y de un encaje puesto en transparente; un doble encaje dividido por un vies, adorna las mangas.

18.—Traje con túnica reco-



17.—Traje con túnica pardesus y chaqueta.—18.—Traje con túnica recogido de distinto modo á cada lado.



10.—Traje con pardesus para niña.—11.—Traje con chaqueta de aldetas.—12.—Traje con peregrina.

5.—Traje de amazona.—6.—Traje de paseo.

gido de distinto modo á cada lado.— La falda de este vestido se hace de lana muy fina ó de seda para el rigor del calor. La túnica se cortará de 125 centímetros de ancho; el recogido largo por detrás se sujeta por unas rosetas hechas de cintas que sujetan los anchos pliegues donde concluye el entallado del cuerpo. La túnica es así mismo de lana ó seda pero de un color unido; va adornada de dos bandas de trencillas de realces cosidas sobre la tela.

19.—Capota de tronco de cerezo.—Esta graciosa y pequeña capota se hace imitando una rama de cerezo de color verde enrollada con cinta de color claro; se puede forrar de seda y se adorna de lazos y escarapelas de terciopelo y cintas de diferentes tamaños y de pequeñas piñas de pinos puestas en el interior en grupos y por fuera mezcladas con las cintas.

20.—Sombrero calabrés de paja y oro.—Este sombrero es de paja fina y cosida alternando una paja color marrón y una dorada. Está adornado al rededor de la copa por una tira de terciopelo que va rodeada por los dos lados por una tira cortada en vies cuyas puntas se esconden bajo una gran escarapela de raso otomano, que sujeta al mismo tiempo un elevado *pompom* de plumas color marrón y oro.

21.—Traje con cuerpo chaqueta puntiaguda.—Este traje de verano de crespón de la China con dibujos de cachemir es elegantísimo y favorece en alto grado. La falda va adornada en el borde por un plegado de 5 centímetros de alto, y la túnica que es de satinete liso del color que más cuadre al dibujo cachemir de la falda se hace en forma de delantal y se corta muy larga, se levanta de los dos costados por pliegues de 4 á 6 centímetros de ancho. El cuerpo va abotonado por los dos lados sobre un chaleco de la misma tela que la falda, concluyendo por delante en punta bastante aguda, punta en las dos caderas y punta atrás. Las solapas de este cuerpo, el adorno de las mangas y el cuello alto se hacen de raso y del color que más case con los del vestido; los botones son esmaltados y el lazo del costado también de raso es de 8 centímetros de ancho.

22.—Manteleta gabán Margarita.—La tela de esta visita es de velo marrón; las flores de la tela son de colores azul, oro viejo y granate; adornanla ricos encajes de Chantilly todo al rededor lo mismo que á la manga que forma la espalda. Sombrero de paja con corona de margaritas.

23.—Manteleta recogida al hombro.—Esta manteleta se hace de granadina con brochados de raso y terciopelo negros. Dos guarniciones de blonda española la guarnecen y la recogen graciosamen-



19.—Capota de tronco de cerezo.—20.—Sombrero calabrés de paja y oro.

to de la mayor indiferencia. Fuera de los establecimientos para niños expósitos, y algunos hospitales y asilos, la sociedad no había arbitrado más ayuda ni protección para la infancia, y de ahí la mortalidad tan excesiva que nos muestran las estadísticas. España, doloroso es decirlo, no tiene representante en este congreso; mas es de esperar, por lo ménos, que se aproveche de sus resultados.

En Nueva-York ha tomado posesión del cargo de médico del hospital Mount-Sinai en Lexington Avenue, la doctora señorita D.^a Josefina Walter, que obtuvo su cargo por oposición contra diez y nueve aspirantes del sexo masculino.

Esta joven es la primera mujer que entra á formar parte del cuerpo facultativo de un hospital, en aquella nación.

Dícese que la eminente cantante Cristina Nilson, está escribiendo sus memorias, con objeto de darlas á la estampa en el periódico de Nueva-York titulado *Revista Norte Americana*.

SUMARIO

DE LOS FIGURINES Y GRABADOS DE MODAS DE ESTE SUPLEMENTO

- Números 1 y 2. Trajes de paseo.—3 y 4. Trajes para niño de 3 á 8 años.—5. Traje de amazona.—6. Traje de paseo.—7. Sombrero de campo.—8. Fichú con cuello militar.—9. Sombrero para niña.—10. Traje con pardesús para niña.—11. Traje con chaqueta de aldetas.—12. Traje con peregrina.—13. Sombrero de paja calada.—14. Fichú con escarapela de cinta.—15 y 16. Traje de blusa para niñas de 5 á 6 años.—17.—Traje con túnica pardesús y chaqueta.—18. Traje con túnica recogido de distinto modo á cada lado.—19. Capota de tronco de cerezo.—20. Sombrero calabrés de paja y oro.—21. Traje con cuerpo chaqueta puntiaguda.—22. Manteleta gabán Margarita.—23. Manteleta recogida al hombro.



21.—Traje con cuerpo chaqueta puntiaguda.

te; en el hombro derecho lazos de terciopelo. Esta manteleta es muy usada por las jóvenes del extranjero.

MISCELÁNEA.

Va á celebrarse en París un congreso internacional cuyo objeto es la protección de la infancia, y esta noticia no puede ménos de causar una viva satisfacción á toda persona ilustrada y benévola. La época más crítica de la vida humana era hasta ahora obje-



22.—Manteleta gabán Margarita.



23.—Manteleta recogida al hombro.